

ARTHUR C.  
CLARKE



**TORMENTA SOLAR**

«Ambientada y desarrollada en el mismo universo que '2001' y sus secuelas, les resultará especialmente atractiva a aquellos lectores aficionados a la ciencia ficción dura bien fundamentada.»

—*Publishers Weekly*

STEPHEN  
BAXTER

Bisesa Dutt regresa a la Tierra tras pasar cinco años en el planeta Mir, construido con retazos de paisajes y personas extraídos de distintas eras de la historia de la Tierra y habitado por los primogénitos. Pero ¿por qué se creó Mir? ¿Por qué llevaron allí a Bisesa y después la devolvieron a la Tierra justo el día después de su desaparición?

Cuando los científicos descubren una anomalía en el núcleo del sol creada por una mano alienígena, las respuestas aparecen. Los planes elaborados por esos inescrutables observadores desencadenan una tormenta solar diseñada para erradicar la vida en la Tierra.

Stephen Baxter y Arthur C. Clarke son dos de los mejores autores de ciencia ficción de los últimos años. Tras el éxito de *Luz de otros días* y *El ojo del tiempo*, publicadas por la Factoría de Ideas en esta misma colección, *Solaris Ficción*, vuelven a ofrecernos una obra en colaboración llena de sentido de la maravilla.

## Primera parte

---

### *Un sol siniestro*

## 1

## El regreso

**B**isesa Dutt se quedó atónita y con la boca abierta. Estaba de pie. Solo que no sabía dónde. Sonaba música. Dirigió la vista hacia la pared y vio la imagen aumentada de un chico joven guapísimo cantando delante de un micrófono antiguo. Era tan guapo que resultaba irreal; la estrella de la música sintética, la sublimación de los anhelos confusos de una preadolescente.

—¡Dios mío, pero si se parece a Alejandro Magno!

Los colores de la pared eran tan brillantes que apenas podía apartar los ojos. Había acabado por olvidar lo gris y monótono que era Mir. Pero lo cierto era que Mir era un mundo enteramente distinto.

—Buenos días, Bisesa —anunció Aristóteles—. Soy tu despertador. Tienes el desayuno abajo, esperando. Los titulares de hoy anuncian...

—Cállate.

La voz de Bisesa sonó como un gruñido en un desierto polvoriento.

—Claro —cantó con dulzura la voz sintética del despertador. Bisesa miró a su alrededor. Aquel era su dormitorio de su casa de Londres.

Le pareció pequeño y atestado de cosas. La cama era grande y blanda pero ella no había dormido allí.

Se acercó a la ventana. Las botas de militar habían dejado huellas profundas sobre la alfombra y restos de polvo rojo. En medio de aquel cielo gris plano al filo del amanecer apareció por fin el perfil de Londres.

—Aristóteles.

—¿Sí, Bisesa?

—¿Qué día es hoy?

—Martes.

—¿De qué fecha?

—Ah, 9 de junio de 2037.

—Debería estar en Afganistán.

Aristóteles carraspeó antes de contestar:

—Yo ya me he acostumbrado a tus cambios repentinos de planes, Bisesa. Recuerdo que una vez...

—¿Mamá?

Era la voz de una niña pequeña y somnolienta. Bisesa se giró.

Myra iba descalza y despeinada, sacaba la barriga y se restregaba un ojo; no era más que una niña de ocho años que apenas estaba despierta. Llevaba su pijama favorito, el de los personajes de dibujos animados brincando por la camiseta. Aunque a esas alturas se le había quedado pequeño por lo menos en dos tallas.

—No me dijiste nada de que fueras a volver.

Bisesa sintió que algo en su interior se desgarraba.

—¡Oh, Myra...!

La niña dio un paso atrás y dijo:

—Hueles raro.

Bisesa bajó la vista hacia sí, atónita. Estaba tan fuera de lugar en el apartamento londinense del siglo XXI con aquel mono arrugado, roto y cubierto de sudor y polvo como lo habría estado con un traje espacial. Sin embargo, esbozó una sonrisa.

—Sí, tengo que ducharme. Luego desayunaremos y te lo contaré todo...

La luz cambió sutilmente. Bisesa se giró hacia la ventana.

Había un ojo sobre la ciudad; una esfera de plata que flotaba como un globo antiaéreo. No sabía a qué distancia o a qué altura estaba ni cómo era de grande. Pero sabía que era un artilugio de los primogénitos que la habían trasladado desde Mir, desde el otro mundo, hasta casa.

Un sol siniestro se alzaba sobre los tejados de Londres.

## 2

## El pico de la Luz Eterna

**M**ikhail Martynov había dedicado toda su vida al estudio del sol. Y nada más verlo al comienzo de aquel día fatídico supo en lo más hondo de su ser que algo iba mal.

—Buenos días, Mikhail. Son las dos de la madrugada en la Luna. Buenos días, Mikhail. Son las dos y quince segundos de la madrugada. Buenos días...

—Gracias, Tales.

No obstante, Mikhail llevaba ya tiempo despierto y en marcha. Como siempre, se había levantado unos cuantos minutos antes de la hora, antes de que sonara la voz suave y electrónica de Tales; una costumbre que mantenía con independencia del horario de Houston, del que era esclavo el resto de la gente que vivía en la Luna.

Mikhail era un hombre de costumbres fijas. Y comenzaría aquel día tal y como comenzaba todos sus largos y solitarios días de observación en el Servicio Meteorológico de la estación espacial: con un paseo al sol.

Tomó a toda prisa un desayuno de frutas concentradas y agua. Siempre bebía el agua pura, jamás la contaminaba con ningún granulado de café u hojas de té porque se trataba de agua de la Luna; el producto de la lenta suma de miles de millones de cometas durante años, extraída y pro-

cesada especialmente para él por robots que costaban millones de dólares, así que lo menos que podía hacer era saborearla.

Se subió con energía el traje espacial para tareas extravehiculares. Era cómodo y fácil de manejar; el resultado de seis décadas de evolución desde la torpe armadura de los astronautas del Apolo. Y además era inteligente: tanto que alguna gente decía que él solito podía salir de paseo por la Luna.

A pesar de la supuesta inteligencia del traje espacial, Mikhail tomó las debidas precauciones y siguió la serie completa de comprobaciones manuales rutinarias de los sistemas de soporte vital. A excepción de la omnipresencia electrónica de Tales, estaba solo en el polo sur de la Luna, y todo el mundo sabe que la baja gravedad acaba por atontar a las personas; a la gente que vive en la Luna se le suele llamar los «locos del espacio». Mikhail era muy consciente de la importancia de estar bien concentrado en su tarea si quería seguir vivo.

De todos modos, no tardó más que unos minutos en ajustarse el traje y sentir el calor que le proporcionaba. Entonces observó el espacio diminuto de lo que constituía el interior de su casa a través de la pletina del casco del traje con su ligera distorsión. Era un hombre vestido y equipado de arriba abajo para la vida interplanetaria, pero incongruentemente de pie en medio de un revoltijo de ropa sucia y platos sin fregar.

Después, con la gracia fruto de una larga práctica, se abrió paso a través de la cámara de descompresión y a continuación a través de la cámara antipolvo hasta salir a la superficie de la Luna.

Estaba en la pendiente inclinada de un cráter, cerca ya del borde pero todavía en la zona de sombra, con apenas algo de luz artificial. El cielo silencioso estaba abarrotado de estrellas. Al alzar la vista, lo cual lo obligó a inclinar la espalda y a estirar el traje, distinguió las deslumbrantes

franjas de luz natural en lo alto de la pared del cráter; eran las zonas hasta las que llegaban los rayos del bajísimo sol polar. Allí arriba, a la luz del sol, habían instalado un huerto solar, un huerto de antenas y otro de sensores solares que, en última instancia, constituían el propósito principal de la Estación Espacial.

El Servicio Meteorológico de la estación espacial estaba excavado en una de las paredes de un cráter llamado Shackleton y era uno de los habitáculos más pequeños de la Luna; constaba solo de unos pocos espacios hinchables de techo abovedado unidos por túneles bajitos. Encima de toda la instalación habían amontonado una capa de polvo lunar gris marengo.

Puede que el refugio no resultara muy atractivo, pero estaba situado en uno de los lugares más significativos de la Luna. A diferencia de la Tierra, el eje de la Luna no está inclinado marcadamente, por ello no hay estaciones. Y en el polo sur lunar el sol jamás se alza muy alto en el cielo. Hay sombras que son largas siempre y en algunos lugares, además, son permanentes. El pedazo en el que se encontraba de pie Mikhail en ese momento llevaba a la sombra miles de millones de años si no contamos la luz artificial.

Mikhail bajó la vista hacia el fondo de la pendiente, más allá de los bultos bajitos de las bóvedas de la estación. Los focos de luz instalados en el suelo del Shackleton mostraban un complejo sistema de canteras y maquinaria pesada. Allá abajo los robots trabajaban duro con el verdadero tesoro de la Luna: el agua.

Cuando los astronautas del Apolo volvieron a casa con las rocas polvorientas de la Luna, los geólogos de la Tierra se quedaron mudos de asombro: aquellas primeras muestras no solo no contenían ni el menor rastro de agua, sino que el agua tampoco había contribuido químicamente a formar la estructura de esos minerales. Tardaron décadas en descubrir la verdad. La Luna no era hermana de la Tie-

rra, sino su hija; se había formado durante los primeros días de vida del sistema solar, al producirse un choque entre la prototierra y otro planeta que se encontraba también en una etapa infantil. Los escombros que se habían ido fusionando hasta formar finalmente la Luna habían alcanzado tal grado de calentamiento que reflejaban una luz blanca azulada, y durante ese proceso se había perdido todo rastro de agua. Posteriormente muchos cometas se habían estrellado contra la superficie de la Luna a lo largo del tiempo, pero a pesar de las miles de toneladas de agua que habían supuesto esos impactos menores casi toda se había perdido. Sin embargo, una pequeña proporción, una mínima proporción había logrado filtrarse para siempre a través del suelo en permanente sombra de los cráteres de los polos; un regalo en forma de agua para la Luna, en recompensa por las circunstancias de su nacimiento.

Esa cantidad de agua era poca cosa para los estándares de la Tierra: nada más que un lago de tamaño medio, aunque respetable. En cambio, para los colonizadores de la Luna se trataba de una joya de precio incalculable, más valiosa que su propio peso en oro, literalmente hablando. También tenía un valor incalculable para los científicos, ya que en sí misma constituía un registro acerca de la formación de los cometas durante eones y, además, ofrecía pistas indirectas acerca de la formación de los océanos de la Tierra, que también habían sido un legado del impacto de los cometas.

No obstante, el interés de Mikhail por ese lugar de la Luna en concreto no se debía al hielo, sino al fuego del sol.

Mikhail se giró y comenzó a subir trabajosamente por la fuerte pendiente en dirección a la luz natural. No había camino alguno trazado; el sendero se había ido formando a base de pisadas humanas. En todo caso lo marcaban las luces de las farolas, como las llamaba todo el mundo. No eran más que lámparas con forma de globos pequeños colgadas de palos, colocados allí para poder ver.

La pendiente era empinada y costaba trabajo subirla a pesar de la suave gravedad de la Luna, de solo un sexto. El traje ayudaba con la sutil vibración de los servomotores acoplados al exoesqueleto y las bombas de los ventiladores, que mantenían limpia la pletina del casco del sudor que se iba condensando. Enseguida comenzó a jadear y sentir el suave tirón de los músculos: aquel paseo constituía su único ejercicio diario para estar en forma.

Por fin alcanzó la cima del cráter y salió a pleno sol. Allí, acurrucado, se encontraba un pequeño grupo de robots sensores, todos ellos asomados a la luz del sol con su infinita paciencia electrónica. Sin embargo, para Mikhail la luz era demasiado fuerte y de inmediato la pletina se oscureció.

Arriba la vista era todavía más extraordinaria y compleja que desde abajo. Estaba de pie al borde del Shackleton, un cráter menor, comparativamente hablando, pero que se cruzaba con las circunferencias de otros dos formando una doble intersección por el lado oeste. El paisaje era un revoltijo confuso de un alcance superior al humano: los bordes lejanos de los cráteres quedaban ocultos más allá del horizonte. Sin embargo, Mikhail se había entrenado y con el tiempo había logrado discernir las suaves curvas de aquellas cadenas montañosas que marcaban los perímetros de unas cicatrices que se solapaban unas con otras. Y todo ello con el fuerte relieve que proporcionaba la luz baja de un sol que no dejaba de girar en el horizonte y de arrojar largas sombras que giraban como las manillas de un reloj.

El polo sur debía su orografía a un tremendo impacto ocurrido cuando la Luna era todavía joven, impacto que había dejado como legado el mayor cráter de todo el sistema solar y el paisaje más contorsionado de toda la Luna. Aquel lugar suponía un gran contraste frente a la plana y basáltica llanura de la Tranquilidad, donde habían aterrizado por primera vez Armstrong y Aldrin, mucho más al norte y cerca ya

del ecuador de la Luna, desde donde apenas se podía imaginar que existiera un lugar semejante.

Además, el pico en el que se encontraba Mikhail era especial. Allí, en las montañas del polo, la mayoría de los lugares conocían la noche ya que o bien pasaba la sombra de una pared del cráter o bien pasaba la sombra de otra, de modo que en cualquier caso la luz del sol quedaba bloqueada en algún momento. Pero el pico sobre el que estaba de pie Mikhail era diferente. El azar geológico lo había elevado y lo había situado en un punto un poco más alto que a sus primos, los de los otros dos lados, así que aquella cima jamás quedaba oscurecida con ninguna sombra. Mientras la estación, a solo unos pocos pasos de allí, estaba perpetuamente a oscuras, aquel era el pico de la Luz Eterna. No había ningún lugar como aquel en la Tierra inclinada y apenas había un puñado de sitios similares en toda la Luna.

En realidad, allí no había ni verdadera mañana ni verdadera noche; no era de extrañar que el reloj personal de Mikhail se desviara del consenso general del resto de los habitantes de la Luna. No obstante, era un paisaje extraño que él había aprendido a amar. Y no había ningún lugar mejor en todo el sistema que formaban la Tierra y la Luna para estudiar el sol, que jamás se alejaba de ese cielo sin aire.

Sin embargo, aquel día, ahí de pie, algo preocupaba a Mikhail.

Por supuesto que estaba solo; la idea de que alguien pudiera llegar a hurtadillas a la estación sin hacer saltar cientos de sistemas de alarmas automáticas era inconcebible. Los centinelas silenciosos de los monitores solares no mostraban ninguna señal de perturbación o de cambio, aunque tampoco es que la vigilancia superficial de sus globos oculares, envueltos como estaban en sus estuches gruesos de Kevlar para protegerlos de los meteoritos, pudiera haberle revelado nada. De modo que, ¿qué era lo

que le preocupaba? La serenidad que se respiraba en la Luna hacía de ella un lugar incómodo para albergar ese tipo de inquietud, no obstante, y a pesar del calor que le proporcionaba el traje, Mikhail sintió un estremecimiento.

Entonces comprendió.

—Tales, enséñame el sol.

Cerró los ojos y alzó el rostro hacia la claridad.

Al abrir los ojos, Mikhail examinó un extraño sol.

La pantalla frontal de su casco había bloqueado la mayor parte de la luz del disco principal. Pero podía distinguir la atmósfera del sol, la corona, un halo incandescente y difuso que se extendía a una distancia mucho mayor que el diámetro del sol. La corona tenía una textura lisa que siempre le había recordado a la madreperla. Pero él sabía que esa suavidad no hacía sino enmascarar una violencia electromagnética que era la causa del cambio climático espacial que él llevaba toda su vida estudiando.

Distinguió el disco solar en sí mismo en el centro de la corona, reducido gracias a los filtros del visor al reflejo sombrío de las ascuas vivas del carbón. Pidió a Tales que se lo aumentara y pudo distinguir un moteado, posiblemente el granulado de las enormes células de convección que formaban el rostro del sol. Y justo ahí, visible y junto al centro, pudo distinguir un parche más oscuro; evidentemente no se trataba de un granulado, sino de algo mucho más extenso.

—Una región activa —murmuró Mikhail.

—Y bien grande —contestó Tales.

—No tengo aquí el cuaderno de bitácora... ¿es esa la región 12 687?

Los humanos llevaban décadas numerando y observando las regiones activas del sol así como las fuentes de los estallidos y otros incidentes.

—No —contestó Tales con su delicada voz—. La región activa 12 687 está decayendo y esta está situada un poco más al oeste.

—Entonces, ¿qué...?

—Esta región no tiene número. Es demasiado nueva.

Mikhail silbó. Por lo general cualquier región activa tardaba días en desarrollarse. Analizando las resonancias que producía el sol, es decir, las inmensas y lentísimas ondas sonoras que atravesaban toda la estructura del cuerpo solar, era posible en términos generales localizar regiones activas importantes incluso aunque estuvieran en la cara oculta del sol y antes de que la rotación de la estrella mostrara esas regiones. Pero, según parecía, aquella región bestial era distinta.

—Hoy el sol está inquieto —murmuró Mikhail.

—Mikhail, tu tono de voz no es el de siempre. ¿Es que sospechabas que esa región activa estaba ahí antes de pedirme que te la mostrara?

Mikhail había pasado mucho tiempo a solas con Tales, pero no se le ocurrió pensar nada acerca de esa muestra de curiosidad.

—Uno acaba por desarrollar cierto instinto para estas cosas.

—Las sensaciones humanas siguen siendo un gran misterio, ¿verdad, Mikhail?

—Sí, así es.

Mikhail atisbó cierto movimiento por el rabillo del ojo. Se giró y le dio la espalda al sol. Nada más aclararse la ple-tina del casco, pudo distinguir una luz avanzando hacia él a través de las sombras de la luna. La vista era tan poco frecuente para Mikhail como el problemático aspecto del sol.

—Creo que tenemos visita. Tales, asegúrate de que hay agua caliente suficiente para la ducha —dijo mientras echaba a caminar por el sendero cuesta abajo, poniendo buen cuidado de elegir con prudencia y antelación dónde ponía el pie, a pesar del creciente entusiasmo—. Parece que hoy va a ser un gran día.

## 3

## Royal Society

**S**iobhan McGorran estaba sola, sentada en un amplio sillón. Había desenrollado la pantalla táctil y la había extendido sobre el regazo, y tenía el teléfono sujeto a la oreja. Además, tenía una taza de café bien amargo sobre la mesita de al lado. Estaba ensayando la conferencia que iba a ofrecer en menos de media hora ante una audiencia compuesta por los más distinguidos de sus colegas.

Leyó en voz alta:

—Este año 2037 promete ser el año más significativo para la cosmología desde el 2003, cuando se determinaron con exactitud los componentes básicos del universo y la proporción de materia bariónica, materia oscura y energía oscura. En aquel entonces yo tenía once años y recuerdo lo nerviosa que estaba cuando llegaron los resultados de la sonda de microondas anisotrópicas Wilkinson. Ya sé que no era una adolescente muy normal, pero para mí la sonda MAP fue como Colón, solo que en robot. Aquella sonda cosmológica intrépida se envió con la esperanza de encontrar la materia oscura de la China, pero por el camino nos topamos con la energía oscura de América. Y del mismo modo que los descubrimientos de Colón fijaron para siempre en la mente humana la geografía de la Tierra, así aprendimos nosotros la geografía del universo en el año 2003. Y